

## GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: ¿ESCRITORA CUBANA, ESPAÑOLA O SIMPLEMENTE UNA MUJER?

BRÍGIDA PASTOR  
University of Glasgow (U.K.)

La cubanidad o españolismo de Gertrudis Gómez de Avellaneda ha sido tema explorado por muchos, ocasionando debates en la crítica. La primera parte de este trabajo destacará cómo la dualidad cubano-española de GGA ha provocado juicios discrepantes sobre la nacionalidad literaria de su obra. La segunda, demostrará que ninguno de los países la llevó a reflejar un tema nacional marcadamente definido; ambos contribuyeron al desarrollo de sus ideas feministas: el tema más relevante de su obra literaria.

No entraremos en el debate de si GGA debe ser incluida en la literatura española o en la cubana, pues “las repetidas dudas respecto a la cubanidad o el españolismo de su obra, y las alusiones ya tradicionales sobre su calidad femenil o varonil nos han estimulado a explorar la identidad genérica y nacional de su discurso”<sup>1</sup>. Se podría decir que es cubana por nacimiento, ascendencia materna y el culto que dedicó a su tierra natal. Podría llamársela española puesto que Cuba fue colonia hasta 1898, y la autora murió en 1873<sup>2</sup>. Es más, sólo volvió a Cuba, veintitrés años después de su partida. Sin embargo, el hecho de que viviera en España y cosechara todos sus triunfos allí no quiere decir que la autora se identificara con lo español y se sintiera española. La nacionalidad literaria de Avellaneda ha sido planteada por varios y en varias ocasiones, apoyando sus juicios en diferentes razonamientos. Varios críticos notables han concluido que la autora fue poco cubana; pero no pocos han defendido su sentir cubano. A juicio de José A. Rodríguez García, la escritora, “en lo que atañe a sus sentimientos, se declaró cubana siempre, y cuando su nombre fue omitido en cierta lista de escritores cubanos, porque los que tal ligereza cometieron se fijaron en que hacía largo tiempo que Avellaneda residía en España, [...] se enojó grandemente”<sup>3</sup>. Por ello, consideraba una ridiculez que no se la considerara “poeta cubana”, sino “española peninsular”<sup>4</sup>. F. Schultz de Mantovani se pronuncia a favor de su cubanidad, alegando que ella misma confiesa abiertamente su patriotismo en su soneto *A la muerte de Heredia*: “voz pavorosa en funeral lamento/desde los mares de mi patria vuela...”<sup>5</sup>. Antes de su partida hacia España, GGA dice que “amaba España y [la] arrastraba a ella un impulso del corazón. Disgustada de [su] familia

---

(1) Evelyn Picón Garfield, *Poder y sexualidad: El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Amsterdam, Atlanta: Rodopi, 1993), p. 9.

(2) Véase José A. Rodríguez García, *De la Avellaneda* (Colección de artículos) (La Habana: Imprenta Cuba Intelectual, 1914), p. 210.

(3) Rodríguez García, p. 211.

(4) Rodríguez García, pp. 211-12.

(5) Fryda Schultz de Mantovani, «Pasión de la Avellaneda», *Cuadernos Americanos*, 15 (1956), 238-51 (p. 250).

materna, anhelaba conocer la de [su] padre, ver su país natal y respirar aquel aire, que respiró por primera vez”<sup>6</sup>. Pero una vez en España se produce el proceso inverso. Apenas llegada a la península, describe esa misma nostalgia en carta a su amado Ignacio Cepeda: “Perdone usted; mis lágrimas manchan este papel; no puedo recordar sin emoción aquella noche memorable en que vi por última vez la tierra de Cuba”<sup>7</sup>.

Los defensores de la identidad cubana de GGA no son pocos. Pero también hay opiniones que han negado su cubanidad y no la han incluido dentro de las letras cubanas. Así el crítico cubano Cintio Vitier: “Lo que no descubrimos en ella es una captación íntima, por humilde que sea, de lo cubano en la naturaleza o en el alma; ni una voz que nos toque las fibras ocultas, gallarda y criolla, sí; enviada de la isla, con talento y pujanza que justamente sorprendieron, a la orilla española, sí; pero ¿cubana de adentro, de los adentros de la sensibilidad, la magia y el aire, que es lo que andamos buscando? Confieso llanamente mi impresión: no encuentro en ella ese registro”<sup>8</sup>. También el poeta J. Fornaris escribe un soneto donde rechaza a GGA como cubana por haber desertado de su patria para residir y escribir en España, llegando a excluirla de la literatura cubana. Así lo demuestra un soneto satírico, compuesto a raíz de la vuelta de la autora a Cuba acompañada de su segundo marido, Domingo Verdugo, después de 23 años de ausencia<sup>9</sup>:

Esa torcaz paloma dejó el nido  
cuando apenas sus alas se entreabrieron;  
[...]

A España, dijo en su partida, ufana,  
rompiendo el lazo del paterno yugo  
que la ligara a la región indiana.

Hoy vuelve a Cuba, pero Dios le plugo  
que la ingrata torcaz camagüeyana  
tornara esclava, en brazos de un verdugo<sup>10</sup>.

Ante debate tan polémico, nos adherimos al juicio de R. Marquina: “la vida de Gertrudis Gómez de Avellaneda es [...] una vida dual, presidida por la dualidad, inserta en una órbita que el número dos preside y rige y ordena bajo signo dilemático”<sup>11</sup>. Su obra nos revela a una

---

(6) Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Diario íntimo*. Compilación de Lorenzo Cruz de Fuentes (Buenos Aires: Ediciones Universal, 1945), p. 35.

(7) *Diario íntimo*, p. 36.

(8) Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía* (La Habana: Universidad Central de las Villas, 1958), p. 85.

(9) Gómez de Avellaneda, *Obras*. Edición y estudio preliminar de José María Castro Calvo (Madrid, 1914), p. 107.

(10) Avellaneda contrajo segundas nupcias con Domingo Verdugo, ayudante del rey y miembro de las Cortes. En 1859 con Verdugo (de ahí el retruécano utilizado por Fornaris) vuelve a Cuba después de una larga ausencia, pero la estancia dura poco más de tres años, ya que en 1863 su marido fallece y la autora regresa a España.

(11) Mencionado por Rosario Rexach, «Nostalgia de Cuba en la obra de Avellaneda», *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Memorias del simposio en el centenario de su muerte), G. Zaldívar y R. Martínez de Cabrera, ed. (Miami: Ediciones Universal, 1981), pp. 267-80 (p. 268).

mujer en constante lucha contra una sociedad o, por qué no, dos sociedades, básicamente hispánicas, de carácter patriarcal y opresoras del sexo femenino. Este es el tema que nos ocupa: el aspecto feminista de su obra, que no tuvo nada que ver con su cubanidad o españolismo, sino con el hecho de que fue mujer en una sociedad que discriminaba a su sexo<sup>12</sup>. Como Beth K. Miller destaca: “Her literary production was feminist in its time [...]. In her letters, her several autobiographical works, and other non-fiction prose writings as well as in her poetry, plays and novels, Avellaneda reveals herself as a woman”<sup>13</sup>.

La actitud progresista de GGA empezó a revelarse a muy temprana edad cuando todavía formaba parte de la cultura cubana y se fue consolidando con los años a través de sus vivencias y experiencias personales en España. En su *Autobiografía*, habla de su afición a la lectura y a las actividades intelectuales cuando apenas era una niña: “Mostré desde mis primeros años afición al estudio”<sup>14</sup>. El hecho de que Avellaneda tuviera “gran afición al estudio”, la convirtió en objeto de ridículo entre los parientes de su padrastro: “Decían que yo era atea, y la prueba que daban era que leía las obras de Rousseau”<sup>15</sup>. Este juicio de sus parientes españoles, le sirvió para reflexionar sobre las diferentes tareas que se asignaban a la mujer, en lo concerniente a lo doméstico, en Cuba y en España: “La educación que se daba en Cuba a las señoritas difería tanto de la que se les daba en Galicia que una mujer, aun de clase media, creería degradarse en mi país ejercitándose en cosas que en Galicia miran las más encopetadas como una obligación de su sexo”<sup>16</sup>. Y cuando escribe a su prima Eloísa sobre sus impresiones y vivencias en España, le dice: “Por eso, las americanas pasamos en Galicia por perezosas, holgazanas y poco aptas para el gobierno doméstico”<sup>17</sup>. Por ejemplo, F. Bremer, una escritora sueca que residió en Cuba por tres meses a principios de 1851 notó, algo sorprendida, que “las criollas españolas [...] en la casa se ocupaban principalmente de coser, de vestirse y de recibir visitas”<sup>18</sup>.

Las familias de clase alta en Cuba habían desarrollado unas costumbres algo diferentes a las de la península, y GGA, perteneciendo a una familia bien establecida en Cuba, tuvo una infancia llena de lujos: “Dábaseme la más brillante educación que el país proporcionaba. Era

---

(12) Véase Brígida Pastor, «Una feminista cubano-española: Gertrudis Gómez de Avellaneda ante la sociedad de su tiempo», *ACIS (Journal of the Association for Contemporary Iberian Studies)*, 8 (1995), 57-62.

(13) Beth K. Miller, «Avellaneda, Nineteenth-Century Feminist», *Revista Interamericana*, 4 (1974), 177-83 (pp. 177-78).

(14) Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Autobiografía y cartas*, with a prologue and an obituary by Lorenzo Cruz de Fuentes, 2ª ed. (Madrid: Imprenta Helénica, 1914), p. 42.

(15) *Autobiografía y cartas*, p. 72.

(16) *Autobiografía y cartas*, p. 72.

(17) Domingo Figarola-Caneda, *Gertrudis Gómez de Avellaneda* (Biografía, bibliografía e iconografía, incluyendo muchas cartas, inéditas y publicadas, escritas por la poetisa o dirigidas a ella, y sus memorias) (Madrid: Sociedad Española de Librería, 1929), p. 265.

(18) Fredrika Bremer, *Cartas desde Cuba* (La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1981), p. 43. Un encuentro impresionante hubiera sido el de Bremer con Avellaneda, ya que las dos fueron mujeres rebeldes y discriminadas en su época. Pero en ese momento en que Bremer visitó Cuba, la escritora cubana se encontraba en España. Ambas significaron un aporte notable a la causa de la mujer. La discriminación femenina no fue exclusivo de las sociedades hispánicas. La misma Bremer, al igual que Avellaneda, sufrió en su propia carne el rechazo de la intelectualidad masculina, concretamente del danés Sören Kierkegaard, un filósofo misógino y muy influyente, que no simpatizaba con señoritas con dotes de escritora. Tanto la escritora sueca como la cubana escribirían sobre la discriminación de la que fueron víctimas con cierto sarcasmo. [René Vázquez Díaz, «Fredrika Bremer y la Cuba del siglo XIX», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 502 (1989), 68-107 (p. 97)].

celebrada, mimada, complacida hasta en mis caprichos”<sup>19</sup>. Carolina Coronado, una escritora contemporánea de Avellaneda que vivió en la sociedad española de la época, confiesa haber experimentado las mismas limitaciones culturales que Avellaneda vivió durante esa etapa inicial en España: “Una mujer teme de la opinión de cada uno porque ha nacido para temer siempre: Por evitar el ridículo suspendí mis lecciones y concreté mi estudio a leer las horas dedicadas al sueño”<sup>20</sup>. En su poema *La poetisa en un pueblo*, Coronado presenta la función admirada que se esperaba de la mujer y satiriza la ignorancia de los que cuestionan la capacidad de la mujer para escribir poesía y consideran que “más [valdría] que aprendiera a barrer que a aprender coplas”<sup>21</sup>. Las mujeres de esta época se encuentran con una fuerte oposición a la lectura por parte de sus familiares. La propia Coronado nos describe el caso de otra poeta de la época, Robustiana Armiño quien, careciendo de maestros, “tuvo que constituirse en maestro de sí misma, y se enseñó idiomas y se forjó versos que rompió a millares para volverlos a fundir y esto en el mayor secreto, inquieta y recelosa siempre por el temor de ver descubiertas sus pequeñas obras que, sin duda, la expondrían a la sátira de las gentes”<sup>22</sup>.

De cualquier modo, la cultura cubana durante el siglo XIX era en muchos sentidos similar a la española de la época y tanto en Cuba como en España, la mujer terminaba por aceptar, sin otra opción, el papel de esposa sumisa y madre diligente. Durante los años que vivió en Cuba, GGA observó de cerca la realidad de la esclavitud del negro, lo que unido a su ideología liberal, reforzó sus ideas feministas y la llevó a denunciar la “institución de la esclavitud” que afectaba por igual a la población negra y a la mujer blanca. La autora, reconocida como poetisa lírica, dramática y prosista, se inicia en la ficción narrativa con la novela *Sab* (1841), escrita durante el período nostálgico que siguió a su salida de Cuba en 1836. En *Sab*, la esclavitud no se concibe como una realidad que sólo afecta a la raza negra, se hace referencia a la esclavitud de la raza indígena, y se concluye que la esclavitud más desdénable es la de la mujer blanca en la sociedad. Lo más probable es que “la doble fuerza del recuerdo nostálgico de su isla nativa y la imagen de la esclavitud, añadido a la propia experiencia vital de la autora, en constante conflicto con —a causa de su decidido feminismo romántico— sus conservadores parientes españoles, impulsarán a la Avellaneda a escribir esta novela”<sup>23</sup>.

En *Sab* se integran íntimamente el abolicionismo y feminismo de la escritora cubana. La narración se concentra principalmente en el amor imposible que un mulato, Sab, siente por una mujer blanca, Carlota, con numerosas alusiones paralelas al tema de la esclavitud de la raza negra, para terminar dedicando la conclusión del libro a la esclavitud y servidumbre de la mujer. Así dice el protagonista mulato, Sab:

---

(19) *Autobiografía y cartas*, p. 43. Susan Kirkpatrick en su obra *Las Románticas* corrobora estas observaciones: «Gertrudis Gómez de Avellaneda’s colonial origins help to explain her willingness and ability to modify and in some respects to challenge the dominant models she found in Spanish Romanticism. [...] She was raised by a Creole family in a provincial Cuban city where slave labor in the household permitted young ladies to spend their time pretty much as they pleased. [...] A young Spanish woman of her class, educated more strictly in domestic duties and religious precepts, would have had neither the leisure nor the permission to read what Gertrudis did, as she discovered when she came to Spain». Susan Kirkpatrick, *Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1850* (Berkeley: University of California Press, 1989), p. 376.

(20) Isabel Fonseca Ruíz, «Cartas de Carolina Coronado a Juan Eugenio Hartzenbusch», *Homenaje a Guillermo Gustavino* (Madrid: Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos, 1974), p. 187.

(21) Carolina Coronado, *Poesías* (Oviedo: Imprenta y Litografía de Martínez Hermanos, 1851), p. 371.

(22) Coronado, pp. 6-7.

(23) Pedro Barreda Tomás, «Abolicionismo y feminismo en la Avellaneda: Lo negro como artificio narrativo en *Sab*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CXII-CXIV (1978), 613-26 (p. 615).

¡Oh, las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas, sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida”<sup>24</sup>.

Esta analogía entre los esclavos y las mujeres expresa el mensaje feminista de la obra y lleva el sello de solidaridad del esclavo Sab con la esclavitud que sufre el sexo femenino. Así las reflexiones sobre la esclavitud negra que recorren la novela se convierten en artificio narrativo para exponer el discurso sobre el destino de la mujer. De este modo, se logra denunciar las leyes opresoras del patriarcado que condenan a la mujer (y al esclavo) que se atreve a rebelarse contra el rol inferior y subyugado que se le ha impuesto en la sociedad. El discurso de Sab se convierte asimismo en vehículo para re(inscribir) su identidad subjetiva y censurar “el yugo de las leyes humanas”<sup>25</sup>. Aun más, Sab deconstruye el sistema hegemónico masculino al reivindicar que son los hombres, y no Dios, los que crean desigualdad y opresión. A mediados del siglo XIX, el discurso hegemónico masculino, tanto existencial como espiritual, se originó de la autoridad omnipotente de Dios y se ejerció a través de la Iglesia, el estado y la familia. El contraste explícito que Sab establece entre las leyes humanas y las leyes de Dios pone de relieve la polémica situación del esclavo (y así la de la mujer) en la cultura patriarcal: “¿El gran jefe de esta gran familia humana habrá establecido diferentes leyes para los que nacen con la tez negra y la tez blanca? [...]. Dios [...] ha repartido sus beneficios con equidad sobre los países del globo”<sup>26</sup>. Estas palabras indirectamente proponen una sociedad más justa donde el esclavo (y la mujer) sean iguales al hombre blanco —blanco, siendo el color de la sociedad jerarquizante, e implícitamente masculina— y así rechaza el estado corrupto de las estructuras sociales. Pues como el mismo Sab alega, “Dios es el Dios de los débiles [mujeres/esclavos] como de los fuertes [hombres]”<sup>27</sup>.

A medida que avanza el argumento de la novela, Sab se adentra más en un discurso de carácter feminista, exhortando a las mujeres que no han alcanzado la felicidad en su matrimonio a que no se rebelen contra Dios, pues es la sociedad de los hombres la que ha generado la opresión femenina. Así dice Sab a Carlota: “Tu destino es triste, pobre ángel, pero no te vuelvas contra Dios, ni equivoques con sus santas leyes las leyes de los hombres”<sup>28</sup>. Esta cita ilustra claramente cómo la ley de Dios no debe confundirse con las leyes del patriarcado, e implícitamente cuestiona esos valores socio-culturales que discriminan al negro y a la mujer y son reforzados por la abnegación que la Iglesia exige para ambos. El mismo Sab lo corrobora en carta a su amiga Teresa, revelando las virtudes a las que tanto el esclavo como la mujer podían aspirar:

Me acuerdo que cuando mi amo me enviaba a confesar mis culpas a los pies de un sacerdote, yo preguntaba al *ministro de Dios* qué haría para alcanzar la virtud. La virtud del esclavo, me respondía, es *obedecer y callar, servir con humildad y resignación* a sus legítimos dueños, y no juzgarlos nunca<sup>29</sup>. [mi énfasis]

Las referencias a “obedecer”, “callar” y “servir con humildad y resignación” en boca del “ministro de Dios”, como representante del orden simbólico masculino, es una alusión direc-

---

(24) Gómez de Avellaneda, *Sab*. Prólogo y notas de Mary Cruz (La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1973), p. 316.

(25) *Sab*, p. 316.

(26) *Sab*, pp. 309-10.

(27) *Sab*, p. 309.

(28) *Sab*, p. 316.

(29) *Sab*, p. 309.

ta a las restricciones injustamente impuestas al esclavo/mujer que le impiden expresar y desarrollar su propia subjetividad. Pero GGA va más lejos al usar las palabras de Sab, sugiriendo que el destino de la mujer es peor que el de los esclavos, pues la mujer no puede comprar su libertad a ningún precio mientras que “el esclavo, al menos, puede cambiar de amo, puede esperar que juntando oro comprará algún día su libertad”<sup>30</sup>.

Casi todos los personajes femeninos de su obra son presentados como mujeres sufridas y sacrificadas, pero pocas se rebelan contra los convencionalismos sociales. Al revés, temen salirse de la norma y se resignan como la mayoría de las mujeres de su tiempo, a veces porque son sumisas, otras porque se sienten impotentes ante la situación que las oprime. En *Sab*, el personaje femenino de Teresa —“pobre, huérfana y sin atractivos”<sup>31</sup>— se decide por la opción de apartarse del mundo, y así escapar del resignado e impotente papel que la mujer experimentaba en la sociedad. Como la misma Teresa declara abiertamente, ella desea ser sujeto de su propio destino, a diferencia de Carlota, cuyo destino ha sido fijado por ella: “Tu destino se ha fijado y yo quiero fijar el mío”<sup>32</sup>. Aunque la imagen enclaustrada de Teresa en el convento subraya una vez más el inevitable destino de la mujer en la sociedad patriarcal, el hecho de que ella misma tome la decisión de escaparse de la sociedad no sólo constituye una posible liberación, sino también un medio de conquistar su auténtica identidad (femenina) y encontrar un vínculo de solidaridad entre otras “solitarias reclusas del claustro”<sup>33</sup>.

Además, la relación de amistad que la autora establece entre Teresa y Sab representa algo inconcebible, considerando el lugar y la fecha en que se escribió la novela. GGA traspasa los límites de la amistad entre Sab y Teresa al describir la admiración que experimenta el hombre mulato, Sab, por la mujer blanca, Teresa:

Teresa, vos sois una mujer sublime, yo he querido imitaros: pero ¿puede la paloma imitar el vuelo del águila. Vos os levantáis grande y fuerte, ennoblecida por los sacrificios; y yo caigo quebrantado”<sup>34</sup>.

Aquí la escritora nos presenta al hombre ensalzando e incluso queriendo imitar las cualidades de la mujer, que ilustra una vez más el carácter transgresor de su discurso. Al compararse con una “paloma” que desea volar como un “águila”, personificada en Teresa, Sab expresa su deseo espiritual por llegar a ser un ser humano más completo. De este modo, Sab (el hombre) atribuye a Teresa (la mujer) cualidades como “grande” y “fuerte”, que son normalmente atributos masculinos y propone una nueva imagen femenina, diferente a la creada por el orden hegemónico masculino. Sab indirectamente censura el imaginario del patriarcado que impone rígidas divisiones entre los seres humanos.

A través de todo ello, se puede deducir que GGA estaba determinada a demostrar la igualdad moral e intelectual del hombre y la mujer, aunque se daba cuenta de que la tradición dentro de la que escribía, condenaba a la mujer que revelara una voz propia e independiente como la suya. De ahí que tuviera que recurrir a un lenguaje palimpséstico, para ocultar el significado profundo de sus ideas (y menos aceptado socialmente), para ser tolerada

---

(30) *Sab*, p. 316.

(31) *Sab*, p. 295.

(32) *Sab*, p. 295.

(33) *Sab*, p. 295. Como Esther Kleinbord Labowitz destaca: «[T]he quest for an authentic self is carried out in loneliness, alone or with other women, safe from the eyes of male world» [*The Myth of the Heroine: The Female Bildungsroman in the Twentieth Century* (New York: Peter Lang, 1986), p. 248].

(34) *Sab*, pp. 308-9.

como escritora. Como Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber) expresara en su día, la audiencia masculina se escandalizaba por el mero hecho de que la mujer escribiera: “[N]o hay un pantalón que no se crea, en materia de escribir, superior a todas las enaguas”<sup>35</sup>. La mujer escritora pocas veces recibió apoyo y estímulo del sexo opuesto. El caso de Teodoro Llorente es claro ejemplo de la hostilidad que se percibe en el mundo literario de dominio masculino: “Nunca he sido partidario de la mujer escritora. La poesía ha de estar siempre en el corazón de la mujer, en sus labios algunas veces, pero nunca en su pluma”<sup>36</sup>. Las mujeres no sólo sufrieron discriminación en el mundo literario; también se las acusó de ignorar su papel de esposas sumisas y madres diligentes cuando decidieron hacerse escritoras. Kirkpatrick destaca que el arma más poderosa de que se servían quienes se oponían a la participación de las mujeres en la cultura escrita era la supuesta incompatibilidad de literatura con virtud femenina<sup>37</sup>.

## CONCLUSIÓN

Se podría concluir que el tema de la doble nacionalidad literaria de Avellaneda fue secundario comparado con sus esfuerzos personales de exponer sus ideas feministas. Este trabajo espera haber demostrado que el hecho de que GGA formara parte de una y otra cultura intensificó y estimuló su firme actitud de protesta no sólo contra la sociedad cubano-española, sino contra la sociedad patriarcal que discriminaba contra la mujer y que caracterizaba a las sociedades hispánicas del siglo XIX<sup>38</sup>. A través de la observación de su vida y el análisis de su obra, descubrimos que el entorno social en el que tuvo que sobrevivir la autora no fue nada favorable para aquellas mujeres que intentaban transgredir sus códigos discriminatorios. De aquí que Avellaneda, prudentemente, añadiera en la conclusión de sus artículos: “La humilde persona que suscribe estos artículos, queridas lectoras, no aspira en manera alguna a presentarse a vosotras como digno campeón de nuestro común derecho”<sup>39</sup>. Con estas palabras, “que parecen trivializar la seriedad de su empresa literaria, se manifiesta ‘la ansiedad de autoría’ común a las escritoras del siglo diecinueve, las que tienen miedo a singularizarse en el ámbito masculino”<sup>40</sup>. La declaración de la autora, que viene a representar una mera disculpa, explica que GGA, como muchas escritoras de su tiempo, se sintiera amenazada en una sociedad que le recordaba constantemente que su tarea de escritora era un obstáculo para desempeñar su papel “ideal” y “vocacional” en el ámbito doméstico<sup>41</sup>. Concluyo, adoptando la descripción que Octavio Paz hace de la escritora mexicana, Sor Juana Inés de la Cruz: Avellaneda “es la expresión y negación de su tiempo, su héroe y su víctima. Por esto, como todo ser humano, es una figura enigmática”<sup>42</sup>.

(35) Fernán Caballero, *Epistolario de Fernán Caballero* (Madrid: S. Aguirre Torre, 1961), p. 30.

(36) Citado por María del Carmen Simón Palmer, «Panorama general de las escritoras románticas españolas», *Escritoras románticas españolas*, Marina Mayoral, ed. (Madrid: Fundación Banco Exterior, 1990), p. 25.

(37) Kirkpatrick, «Gómez de Avellaneda's *Sab*: Gendering the Liberal Romantic Subject», *In the Feminine Mode: Essays on Hispanic Women Writers*, Noël Valis and Carol Maier, ed. (Lewisburg, London: Bucknell University Press, Associated University Presses, 1990), pp. 115-30 (p. 123).

(38) Véase Brígida Pastor, «Cuba's Covert Cultural Critic: The Feminist Writings of Gertrudis Gómez de Avellaneda», *Romance Quarterly*, 42 (1996), 178-89.

(39) Gómez de Avellaneda, «La mujer», *Obras Literarias*, 5 tomos (Madrid: Rivadeneyra, 1871), T. 5, p. 306.

(40) Picón Garfield, p. 128. Para un estudio más detallado sobre «la ansiedad de autoría», véase Sandra M. Gilbert and Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination* (New Haven: Yale University Press, 1984), pp. 48-9.

(41) Noël Valis, ed., *Carolina Coronado. Poesías* (Madrid: Editorial Castalia, 1991), p. 29.

(42) Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, 4ª ed. (Barcelona: Seix Barral, 1990), p. 299.

Los escritos de GGA no sólo presentan una crítica, sino también una reestructuración estratégica del imaginario cultural del patriarcado, proponiendo cambio e imaginarios alternativos. Al revelar las experiencias dolorosas de sus heroínas/héroes, su obra logra triunfar dentro de una tradición que ya no puede mantener las representaciones estereotipadas de imágenes femeninas y masculinas. Como escritora, GGA no perdura en la historia de la literatura ni como cubana ni como española, sino, según el acertado juicio de Camila Henríquez Ureña, como “una de las primeras feministas del mundo en el orden del tiempo”<sup>43</sup>.

---

(43) Rexach, p. 250.